

Nos reímos celebrando el caso; pero Zarco, con una formalidad que todavía nos hacía más gracia, nos dijo:

— Pero aguárdense ustedes; no es esa la más negra. Dije en el periódico no sé qué acerca de los contrabandos que se dice que por San Blas introducen los Barron; dije que el último pronunciamiento de Tepic era obra de agentes suyos, y ahí tienen ustedes al aludido, don Guillermo Barron, publicando comunicados en los periódicos y poniéndome como Dios puso al perico: verde y sin poder volar. Dice que me echaron del Ministerio de Relaciones por haber revelado secretos de alta política; me hace cargo de ganar cien pesos; me tacha de pobre y de mal escritor... ¡Cómo ha de ser! Siquiera éste no ha declarado que yo he insultado á Inglaterra, ni á Estados Unidos, ni al Rey de Dinamarca, ni al Emperador de Sobradiza...

Interrumpieron al brillante conversador tres nuevos tertulianos: Pepe Iglesias, Guillermo Prieto y el caballero Lafragua.

A Prieto y á Lafragua ya les conocía; pero no á Iglesias.

Era joven todavía, tan joven que no pasaba mucho de los treinta; pero le comunicaban cariz de seriedad la barba corrida, la miopía incorregible y la calvicie prematura. Por lo demás, en talento, instrucción, rectitud y reposo, les daba quince y raya á los más viejos.

— ¿Qué dice usted del pronunciamiento de Puebla, Guillermo?

— Aquí el señor Lafragua, que es de la tierra, nos dirá lo que se debe opinar. En negocios de Puebla, los poblanos.

— Pues el señor de Lafragua, advirtió Iglesias, habló ya en una circular que ustedes verán impresa.

— Ten mucho cuidado de que no triunfe Miramón, ¡oh, Guillermo! porque si Santa Anna te mandó á Cadereita, éste te envía á Guaymas ó á Acapulco.

— Y lo que es Fidel se muere fuera de México; es más mexicano que las torres de la Catedral.

— Tienen ustedes razón, repuso el poeta; yo adoro á México de día, de noche, sucio, limpio, devoto, matón, aristócrata y leperusco. Lo adoro por sus casas desconchadas, por sus balcones cubiertos de orín, por sus calles fétidas, por sus costumbres monacales; y lo adoro por sus casas nuevas, por sus calles recién abiertas, por sus tiendas de barrio y por sus establecimientos lujosos. ¿Qué más? ¿Saben lo que me hacía falta en el destierro? Los gritos de mi amada capital, del México de mi alma. En las mañanas, al salir el sol, se oye el *carbón síbo*, agu-



D. JOSÉ MARÍA IGLESIAS

dísimo; el ronco acento de los que venden las manitas y el tiple de los que anuncian el mosco para los pájaros y los jarros de leche... Entre once y doce del día despiertan el apetito los que ofrecen las cabezas, las empanadas, los bollitos de á ocho... Me parecía ver á las vendedoras marchando ligeras con el *terra calentano* y la cecina, precediendo al que grita el requesón y el melado bueno, á la sebera de tiple agudísimo, á la melcochera y á la india que cambia tequesquite por venas de chile... Por la tarde me hacían falta los pregones de las hojarascas, la cuajada, los petates, las tinajas, y en medio de la lluvia, los elotes y la cadenciosa oferta de las nueces... Por la noche extrañaba los dúos de neveros, los solos de turroneas, las arias de atoleras, los coros de tortilleras y las romanzas de las vendedoras de fiambres y patos...

Pero no había ya quien oyera; con los primeros y otros que llegaron luego se habían ido formando grupos que se ocupaban sólo del politiquero.

— Mientras Comonfort, opinaba Zarco, no se decida á llevar la reforma hasta sus últimas consecuencias, no contará con más elementos que los moderados. Un jefe de Estado que se consuela de estar mal con todo el mundo, diciendo que todos los que vean no sigue ningún partido extremo, se convencerán de que lleva la razón; que vive amancebado con la mentira, y forma de ella un sistema de gobierno; el que en esta tempestad des-

hecha no quiere mover su barca por no estrellarla contra un escollo ni dejar que las olas acaben con ella, y que la expone al mismo tiempo á encallar y á zozobrar, no puede salir bien de este peligro.

— ¡Comonfort es un demagogo!

— ¡Comonfort está vendido á los frailes!

— ¡Comonfort es un irresoluto!

— Comonfort, dijo la voz grave de Lafragua, es un hombre honrado, un hombre de bien, que sabe no conviene poner á los pueblos en disparaderos que después logran salvar difícilmente.

Y habría continuado la disputa, si Anarda no hubiera empezado á repartir tazas de chocolate á los rezagados, y tazas de té á los *tonistas* de la época.

Yo fuí de los tradicionalistas, pues aprecio tanto el chocolate, que capaz habría sido de escribir en latín un poema épico en su honor, como lo hicieron muchos frailes jesuitas.

Y como dicen que comida hecha, compañía deshecha, á poco de haber ingerido el soconusco ó la infusión de salvia (que por tal diputé el té que servían) nos marchamos á nuestras casas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

Cerca de la Catedral había un inmenso grupo de gentes que leían...



CAPÍTULO XIII

Un antiguo conocido. Gordoa propietario

CERCA de la Catedral había un inmenso grupo de gentes que leían un papel y hacían comentarios al retirarse. Me acerqué abriéndome paso, y leí un bando de Baz, el gobernador del Distrito, conminando con penas á los que hicieran circular, distribuyeran ó guardaran en su poder pasquines sediciosos.

— Pues de nada han de servir esas cosas; se dirá y se seguirá diciendo y se escribirá y seguirá escribiéndose, á pesar de los pesares. No faltaba más sino que después de sus gracias, todavía quisieran que les adornaran con rositas las palabras, vociferó tras de mí una voz conocida.

Involuntariamente volteé y ví á un clérigo trigüeño, con rostro de vejiga á causa de la exudación adiposa, la